



EL CRONISTA

PERIÓDICO CATÓLICO

AÑO I



EXTRAORDINARIO



NÚM. 106

AL EXCELSO MÁRTIR

Insigne Diácono, Cardenal y Arceobispo

de la Santa Iglesia Romana

III PATRONO ILUSTRE É HIJO DE HUESCA III

 SAN • LORENZO 

EN EL DÍA 10 DE AGOSTO

1896

SUMARIO

«Dedicación», por la Redacción — «San Lorenzo, mártir», por D. Mariano Supervía, Obispo de Huesca, — «Al Mártir, invicto y vencedor San Lorenzo», por D. Saturnino López Novoa, Chantre — «Gloria de Huesca», por D. Sabino García, Maestrescuela, — «Grandezas de mi patria», por D. Juan Latre, Presbítero, Beneficiado — «Rasgos de un héroe», por D. Faustino Ortas, Presbítero, Párroco. — «La moral del porvenir», por D. Ramón Buesa, Presbítero. — «San Quintín», por G. L. J. — «La albahaca», por el Hortelano. — «Soneto acróstico», por J. Latre Garín, Pbro. — «Al Martirio de San Lorenzo», por Estanislao Carcavilla. — «Himno á San Lorenzo», por el P. José M. Lasquibar — «A mi amigo G. L.», por Bristán, (poesía). — «A Huesca», por D. J. Latre y Garín, Pbro.



DEDICACION

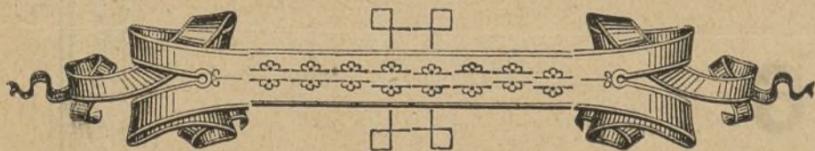
Día grande para el pueblo oscense, fecha memorable la del 10 de Agosto.

Huesca no puede olvidar, ni olvidará jamás al gran Mártir de Occidente, uno de los Santos más inclitos, Lorenzo.

Si todos los pueblos del mundo católico consagran un día del año á glorificar la memoria de su patrono, los oscenses siguiendo los impulsos de su corazón se reúnen bajo las bóvedas sagradas de la Real Basílica consagrada al diácono ilustre de Sixto II para dirigir preces de reconocimiento, al divino intercesor que desde el Cielo atiende á las necesidades de sus paisanos.

Si entre todas las grandezas que tiene la ciudad vencedora no hay otra mayor que la de ser cuna de Lorenzo, entendemos, que en el fausto día de su fiesta debemos dedicar nuestros pobres trabajos á conmemorar sus grandezas y á cantar sus glorias.

La Redacción.



San Lorenzo, mártir

Vulgarmente se cree que sólo es valiente aquel que acomete á ciegas, que destroza sin compasión,

que no vé peligros, ó que si los vé los afronta sereno y sale de ellos victorioso; y como en los Mártires cristianos no se advierte ira contra el enemigo, defensa enérgica ni muerte con rencor y maldiciones, piensan algunos que, aquella santa serenidad es más bien cobardía de alma ó pobreza de sentimientos. Y al comparar un militar que acomete, arrolla y mata desafiando peligros, con un Mártir que impávido y tranquilo abraza á su verdugo, y que recibe el golpe mortal cuando lleno de caridad está rogando á Dios perdone á quien le quita la vida, llámase por muchos valiente al primero, paciente y sufrido, nó fuerte, al segundo.

Mas en verdad no es así. No se debe negar la virtud de la fortaleza al que no temiendo á su adversario, le acomete y le vence; pero concédasele con más razón á quien, nó por temor, sino por amor de Dios, en cumplimiento de un deber, vé venir al enemigo y no huye; observa que le amaga, y espera tranquilo, recibiendo el último golpe muere sonriendo y perdonando.

El que acomete piensa más en el daño que puede hacer, que en el que puede recibir; y combate con tanta más rabia, cuanto más desea inutilizar al enemigo para no recibir de él ofensa alguna: acomete, porque teme; pero creyéndose superior á aquel á quien teme. El mártir que sufre, vé venir á aquel que está dispuesto á hacerle daño, le vé venir, y no tiene intención de defenderse; vé llegar y espera todo el mal que el enemigo puede inferirle: sufre y no acomete, porque no teme el daño que le sobrevendrá con seguridad. ¿En cuál de los dos casos hay más valor, menos temor?

Elógiase como frase capaz de producir héroes aquella: «acometed sin contar el número de enemigos»: frase de prudentes; porque si se cuenta el número de enemigos, posible es que el ánimo decaiga. Pero es propia de espíritus más valientes esta otra: «cuenta el número de tus enemigos: cuéntalos con serenidad: pocos ó muchos, no has de tratar de defenderte: examina su crueldad, oye sus amenazas, piensa en su poder, y después de ver tu situación irremediable, gózate en ella, pide fuerzas más que humanas, busca la muerte con alegría, abraza á tus enemigos y vence por amor á los que te destrozan en los tormentos y te quitan la vida.

¿Ha habido valientes con este género de fortaleza?

San Lorenzo, hijo de Huesca, mártir en Roma, es uno de esos ejemplares admirables. Cuando la persecución arrecia y los enemigos del nombre cristiano llevan á la muerte al Papa San Sixto, se despidió desconsolado, porque no se le concede acompañarle al martirio: «No acostumbrabas ofrecer el sacrificio sin tu Diácono: ¿tan mal me he portado, que no quieres te acompañe ahora?» Ni defiende al Pontífice, ni se defiende á sí propio: desea participar de sus tormentos. — «Estás reservado para sufrimientos mayores, le contesta el

Santo Pontífice, dentro de tres días me seguirás.» Y en este tiempo no prepara su espíritu medios de evasión ó defensa: vé de lejos los tormentos y la muerte, y la espera: la previsión de tormentos atroces no le intimida: ni cede á las exigencias del avaro que le pide el dinero del pobre, ni resiste á los verdugos que le tienden en unas parrillas sobre las ascuas: quien esperó tranquilo el tormento, inventa frases graciosas al ser quemado. ¿Quién es aquí el valiente? ¿Quién es aquí el vencedor?

Venció muriendo por la fé: hubiera sido vencido viviendo por el temor y la apostasía. ¿Es este valor humano? Quien tal fortaleza presumiera por solas sus fuerzas naturales, aunque venciera los tormentos, sería vencido por la soberbia, dice San Agustín.

¡Llor á los mártires de la Religión cristiana!

¡Llor y alabanza al mártir San Lorenzo, gloria de la Iglesia y de su patria!!!

Mariano, Obispo de Huesca.

Al mártir invicto y vencedor San Lorenzo

La palabra *vencedor*, es la que en todas épocas ha formado el elogio de aquellas personas aguerridas, que luchando en defensa de intereses más ó menos dignos, alcanzaron contra sus enemigos triunfos; y con esto un nombre ilustre en las páginas de la historia de la humanidad. Sin embargo, ¿cuántas veces ha sido atribuido el dictado de *vencedor* á personajes, que más bien merecían el de tiranos y verdugos! vencieron Dario, Xerxes, Alejandro, César y otros mil más; pero ¿cuál fué el resultado de sus victorias? La tierra empapada de sangre—muchas veces inocente—los campos sembrados se cadáveres, las ciudades derruidas, las provincias assoladas, el hogar doméstico devorado por las llamas, violada la virtud, la propiedad desatendida y despreciados los gritos de la humanidad.... He ahí los trofeos que en pos de sí llevaban aquellos héroes á quienes el paganismo, sobre todo, ofrecía laureles, prodigaba coronas, consagraba elogios y gravaba sobre sus tumbas esta inscripción ¡vencieron!

Reservado estaba al cristianismo rectificar ciertas ideas y cambiar las nociones de las cosas que el error y las pasiones exageradas trastornaran, excitando en los hombres sentimientos más dignos de su origen y dandoles verdades positivas que hicieran desaparecer las falsedades y extravagancias que sustituyeran á las primitivas tradiciones.

En efecto, así como la luz de la doctrina evangélica iba difundiéndose, los hombres fueron adquiriendo conocimientos más sublimes de sí mismos y de las relaciones que debían unirles con su Criador; persuadidos de que estas relaciones eran preferibles á las que les unían con los demás objetos del mundo visible y material. A consecuencia de esto, formáronse las verdaderas nociones del heroísmo, que consistía en hacerse el hombre superior á cuanto pudiera romper los lazos de unión con Dios y preferir la muerte antes que faltar á los deberes para con Él y para consigo mismo. «Entonces, dice un ilustrado escritor, ya no era un hombre admirable el que sabía conquistar reinos y sojuzgar naciones, sino el que sabía vencerse á sí mismo, refrenar sus afectos y sujetarlos al yugo de la razón. Tampoco era un héroe el que rodeado de satélites llevaba la muerte á todas partes, sino aquel que, modesto y humilde, tenía valor suficiente para sufrir los tormentos y la muerte en defensa de su religión y antes que renegar de sus creencias cristianas...»

¡Admirable cambio! ¡resolución feliz! Mártires de Jesús, vosotros comprendisteis perfectamente esta doctrina, y practicándola alcanzástéis una gloria inmortal. A vosotros, si, á vosotros que, haciéndoos superiores á todos los atractivos de un mundo terrenal y caduco, á los placeres y deleites de una naturaleza sensual y corrompida, os asociásteis á los seguidores del eterno

vencedor Jesucristo, prefiriendo morir entre dolores y tormentos á mancillaros con una cobarde apostasía; á vosotros se os aplica justamente el dictado de *vencedores* ilustres, y dignos sois de la guirnalda que la religión os ofrece y de la palma que la Iglesia os consagra. Y siendo esto así ¿cuán merecedor de esta gloria no será el héroe español que hoy arranca las ovaciones del Cristianismo, el insigne Levita que salió de tu seno, invicta Huesca, para dar un eterno renombre á la ciudad de los Cesares, al que los siglos contemplan con religioso entusiasmo y cuya memoria celebra con santo regocijo? ¡Oh! con sobrada razón puede llamarse á Lorenzo *vencedor ilustre*. Como tal lo ha reconocido y viene reconociendo el mundo católico, confesándole por mil y mil lenguas prodigio de valor. Como tal lo han celebrado los ingenios más sublimes. las plumas más eruditas, los oradores, los Filósofos, los Poetas... Como tal lo apellida el Africa por boca del incomparable Agustino, la Italia por la del gran León, y la España por los melodiosos acentos de un Prudencio, no le llama solamente vencedor del paganismo, sino exterminador del Imperio de Júpiter olímpico, y prodigio de constancia que derrocó un pueblo de ídolos é hizo estremecer de espanto el colosal poder de Rómulo.... ¿Se quiere saber el grado de heroísmo á que llegó el insigne y por tantos títulos esclarecido hijo de Huesca en defensa de la fe cristiana? Lo diremos.

Obedciendo á los designios de la Providencia Divina, Lorenzo deja su país natal y marcha á Roma. Llegado á esta y enterado de la terrible persecución contra los amantes del Crucificado, poseído de un celo ardiente en defensa de la fe cristiana, se prepara para el combate con el ejercicio de todas las virtudes, ora exhortando á unos á la perseverancia, ya animando á otros en medio de los peligros y derramando en todos el dulce bálsamo de la caridad. El Pontífice Sixto, que acababa de ser sublimado á la cátedra de San Pedro, conoció luego los raros talentos y excelentes cualidades del joven español, y queriendo utilizarlos en servicio de la Iglesia, le confirió la dignidad de Arcediano, la que le constituía el primero de los Diáconos y á la cual estaba confiada la custodia de los tesoros destinados para el culto.

Víctima de la persecución el expresado Pontífice, no tardó en seguirle su Diácono, pues excitada la codicia del Emperador Valeriano, mandó le fuesen entregados por Lorenzo los tesoros de que era custodio. ¡Exigencia fuerte! ¡situación crítica la del Arcediano! Pero la serenidad de su ánimo no se turba; pide una tregua, y durante ella visita los asilos de mendicidad, distribuye á los pobres cuanto tenía y en compañía de ellos se presenta al Emperador y dice: *He aquí los tesoros de nuestro Dios*; palabras breves y sencillas, pero importantísimas por haber dado ocasión al glorioso triunfo de Lorenzo y á que se conquistara el merecido dictado de *invicto y vencedor*. No bien fueron pronunciados, cuando aparecen ante la vista del joven Levita los más horrosos instrumentos que la crueldad puede inventar. El potro, los escorpiones, las planchas candentes, las uñas aceradas... pero nada puede quebrantar la firmeza de Lorenzo, ni reducirle al sacrificio de los dioses.

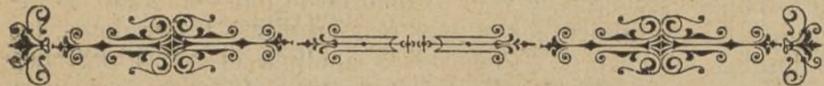
Roma admira un espectáculo nunca visto, y el valor español que había pasado á ser un proverbio entre los descendientes de Numa, adquiere un singular renombre á vista del heroísmo del invicto Mártir, en quien parecía agotarse los tormentos sin disminuir la constancia de su espíritu; constancia que obliga al tirano á inventar un nuevo suplicio de que no se había hecho experiencia. ¡Qué horror...! Lorenzo es tendido en una parrilla de hierro, donde es asado su cuerpo y exhala el último suspiro. Cubierta de palmas y laureles vuela su alma al Cielo, quedando aquí, en la tierra, los carbonizados restos de su cuerpo, que serán siempre baldón del Imperio de los Cesares romanos, así como precioso recuerdo del más glorioso de los triunfos para los hijos del Cristianismo.

Llor y prez al héroe español, al invicto y vencedor hijo de Huesca, honor de Roma y orgullo de la Iglesia universal, al prodigio mayor de fortaleza que esta registra en sus anales Digno es de tan esclarecido atleta el tributo de veneración que la capital del mundo católico le dispensa custodiando sus reliquias santas en la gran Basilica que le tiene dedicada á su nombre, aparte de las seis Iglesias más en que se le da constante culto; y digno, dignísimo también el que le consagra nuestra España en ese preciosísimo y colosal monumento del Escorial, maravilla del mundo, admiración de propios y extraños, obra maestra del arte, levantado por la piedad de uno de nuestros Monarcas para perpetuar la memoria del ilustre mártir español.

Una y mil veces te felicito, nobilísima ciudad de Huesca, por haberte cabido la inestimable dicha de ser la cuna y madre de tan esclarecido hijo que hace resonar tu nombre en todo el mun-

do y te ha conquistado una de las mejores coronas de gloria. Mejores coronas repito, porque ni tus antiguos laureles, ni tus venerandas tradiciones, ni las bellas páginas de tu historia pueden compararse con la gloria que te da Lorenzo. Aquellos pueden llegar á desaparecer, como de hecho han desaparecido algunas, pero la de tu Santo Mártir será inmortal, imperecedera, identificada con él. Sus glorias y sus triunfos son tus triunfos y tus glorias, y... ¡ojalá! sean de todos tus hijos los heroicos ejemplos de Lorenzo y les pertenezcan sus acrisoladas virtudes!

Saturnino López Novoa, Chantre.



GLORIA DE HUESCA

Ni el tiempo con su paso vertiginoso y destructor, ni la espantosa muerte con sus tristes y hondas impresiones, ni el mundo entero con todos sus encantos y atractivos han podido borrar en la historia de los pueblos algunas de sus brillantes páginas, que, á pesar de todo, subsisten y subsistirán siempre, como recientemente escritas, formando el poema épico de sus legendarios honores y de sus proverbiales heroísmos.

Estamos en vísperas del día 10 de Agosto y nos encontramos en la vencedora Huesca, madre patria de muchos varones ilustres, ciudad antiquísima, cuyo origen, según la historia, se remonta á los tiempos lejanos de los vascones é ilergetas, cuna apacible donde meció sus delicados miembros el tierno infante, después valeroso mártir *San Lorenzo diácono*, gloria primera de esta noble y por muchos títulos importante población. Aquí, con las enseñanzas doctrinales de la religión de Jesucristo crucificado, preparó su ánimo, para sostener con denodado empeño sus firmes é inquebrantables creencias, aquí alimentó y fortaleció los cristianos sentimientos de su corazón, hasta santificar su espíritu, vigorizando su alma bien templada y constituyéndose en fortísimo atleta de la fe y en defensor decidido de la gloria de Dios y de los intereses sagrados de su Iglesia santa. El es el más ilustre de todos los mártires del cristianismo, que en el siglo tercero y en la octava persecución movida violentamente por el emperador Valeriano, para abolir y exterminar de sobre la faz de la tierra el nombre de Cristo, sellaron con su sangre el *Credo Santo*, símbolo de la fe enseñada por el divino Maestro y que por encargo suyo muy especial predicaron por todo el universo, legándolo á la posteridad sus fieles servidores, sus amigos leales, los humildes discípulos de aquel Hombre-Dios, Salvador de la humanidad caída y aherrojada con las pesadas cadenas del pecado, del vicio y del error.

Abrasado Lorenzo en el fuego del amor divino resolvió con firmeza de ánimo, consagrarse al servicio de Dios y á librar á sus prójimos extraviados en la degradante idolatría, siendo esta aspiración santa, quien le llevó á la ciudad de Roma, centro de la Iglesia y residencia de los Vicarios de Jesucristo. Su conducta ejemplar, digna de respetuosa admiración, su eminente virtud y su ciencia nada común formaron su principal ornamento, y por ello el Papa San Sixto II le elevó á una de las dignidades más distinguidas, mereciendo, en el cumplimiento exactísimo de su sagrado ministerio, la palma victoriosa del martirio; así se lo había predicho tres días antes el Santo Pontífice, cuando marchaba acompañándole al lugar de los tormentos.

Pasaron los tiranos sin dejar más rastro de su ser, que el ignominioso baldón de su impía crueldad, digna de eterno castigo; también pasaron los testigos de la fe, es verdad, pero queda y vivirá para siempre el recuerdo indeleble de sus gloriosos triunfos, coronados con los brillantes esplendores de inmarcitable diadema, y quedan además para perpetua memoria suya muchas de sus reliquias santas, á las que damos hoy el debido culto con profundo respeto y con toda devoción las adoramos. Del invicto mártir San Lorenzo, gloria y prez de este pueblo oscense y de toda la Iglesia, aparte de otros restos venerandos, guárdase en Roma, custodiada al presente en el Vatieano, su sagrada cabeza, siendo una de las más preciadas reliquias, que allí se conservan, parece que sus labios acaban de pronunciar las famosas palabras: *assatum est jam, versa et manduca*.

Sabino García, Maestrescuela.

Ayuntamiento de Madrid



GRANDEZAS DE MI PATRIA

Todos los pueblos tienen su historia; en los anales de Aragón encontramos una muy célebre, la de Huesca.

No hace falta precisar su origen, ni narrar la parte que tomara en las guerras entre cartagineses y romanos en las feraces campiñas de la Hesperia. A partir de la época en que Quinto Sertorio vino de Roma y alzó pendones en ella, alcanzó renombre universal, constituyéndola en rival de la señora del mundo, ennobleciéndola con su academia científica, que más tarde convirtió en Universidad Sertoriana el rey de Aragón, Pedro IV. Julio César la cubrió de gloria y dió aquel honroso dictado de *Urbs victrix Osca*, teniendo como la *Urbs* romana, el alto privilegio de batir moneda, y superaba en grandeza á nuestra metrópoli la Emerita.

Después de la derrota del Guadalete, como ciudad musulmana figuró en primera línea por sus *Walies*, que llegaron á declararse independientes del resto de la Iberia.

Si del carácter histórico pasamos al religioso, Huesca sobresalía, bajo este concepto, en la época visigoda; la dominación agarena, no obstante, nubló aquellas grandezas, hasta el mismo siglo XI, en que las huestes cristianas supieron librarse del poder musulmán. Hoy nos hallamos en vísperas de celebrar el octavo centenario de la fecha más gloriosa para Huesca, del 25 de Noviembre del 1096, en que tuvo lugar la memorable batalla de Alcoraz. Desde aquel tiempo fué cabeza y corte del país aragonés, bajo los reinados de Pedro I, Alfonso el Batallador y Ramiro el Monje; y más tarde privilegiada por los reyes de España, no decayendo en su esplendor y grandeza esta ciudad, una de las primeras sedes episcopales en su fundación, con su universidad real y pontificia, contando en su recinto en aquella época, trece colegios de enseñanza ortodoxa, corporación municipal compuesta de nobles ciudadanos, gobernador político, etc. ¿Y qué hombres tan eminentes no salieron de esta ciudad, distinguidos en las ciencias y letras, en las armas y en la virtud? Siempre Huesca ha encerrado en su seno grandes elementos de civilización y cultura. Sus Obispos, sobre todo, figuraron siempre en los célebres Concilios de Toledo. Recordamos entre ellos Vital de Canellas y Domingo Ram, recopiladores de fueros de Aragón. Su más grande celebridad se remonta al siglo III. Por este tiempo, una familia de Santos ilustró á Huesca. Santos fueron los padres del que lo es por excelencia de la patria oscense: y en los fastos de la historia no encontramos otra grandeza mayor. Sublime y grande resultara el poema que pudiéramos cantar de ese invicto atleta, en cuya frente se descubre un nimbo de gloria. El mónstruo avasallador de la orgullosa Roma era el paganismo; para asaltarle en la frente un hombre solo, era preciso que éste fuese aragonés y se llamase Lorenzo; tan pronto como fué elevado á la alta dignidad de Arceobispo, dejóse oír en los aires esta voz enfática: «*Los Dioses se van de aquí*», y en efecto, los falsos ídolos cayeron de sus pedestales causando moral estrépito, los dioses enmudecen y se apaga de repente el fuego del altar de Vesta. Todo es confusión, sólo Lorenzo no se inmuta en lo más mínimo y permanece invicto hasta el heroísmo. La ambición de incautarse de los bienes de la Iglesia fué siempre el bello ideal de sus adversarios, el imperio se impone rudamente, y antes de consentir el despojo nuestro héroe, busca una estratagema para burlar al César; y Roma entera vió aquellos mismos carros tirados por camellos que le habían sido prestados para llevarle el codiciado botín, cargados de arapienta pléyade de ancianos, entre quienes había repartido los tesoros. El que acomete esta empresa, lo repetimos, es un aragonés, un oscense que no se olvida de su patria. En efecto, el cáliz en que consagrara el Señor en la noche de la memorable cena, debía ser entre aquellos tesoros la joya más preciosa y ésta la reservó para Huesca, su patria y cuna; valiosa reliquia que poseimos por espacio de mil ciento treinta y ocho años. Las vicisitudes por que atravesó Huesca en las guerras con los mahometanos motivaron la desaparición del sacratísimo vaso, que conserva hoy Valencia..... Esta entereza de carácter le valió á nuestro paisano el privilegio del martirio, que soportó con valor indomable, martirio ejemplarísimo que cambió la faz de Roma y acarreó el más glorioso triunfo para Huesca que se enorgullece de recordar con públicos festejos.



Este en pequeño es el elogio que se hace de la ciudad invicta, tal es su fisonomía.... Debéis advertir, pues, que su pasado nos compromete, sin duda, á proseguir en el puesto de honor, llevando páginas brillantes á nuestra historia para que ésta no decaiga.

Juan Latre Garín, Pbro.



RASCOS DE UN HEROE

Promediaba el siglo tercero de la era cristiana, un Cardenal que más tarde debía llamarse Sixto II; penetra en la quinta de Loret, morada de dos honrados y opulentos labradores, depositarios de dos preciosos diamantes, sobre ellos descuellan uno, el que con asentimiento de su progenitor es llevado por aquel huésped, para que derrame luz en aquella ciudad, cuyas costumbres y cuyos ejércitos victoriosos imponen su ley al mundo hasta entonces conocido.

¡Loret, Orencio, Paciencia, Lorenzo! nombres son que sintetizan por sí solos toda una historia.

Un hecho demuestra el carácter aragonés del que tanta gala hizo Lorenzo; se ve en la parrilla, el fuego tuesta sus delicadas carnes, parece que debiera apagarse su espíritu varonil y hasta su fe mas nó: un—*vuélveme del otro lado que de éste ya estoy asado*—echa en cara á Valeriano y sus satélites su derrota, presentándose el mártir con aquella entereza de los hijos del Dios del Calvario, á la par que demuestra ser alma nacida en aquella tierra de héroes y de santos; alma templada en las fraguas de la escuela sertoriana, de aquella escuela do el exgeneral romano preparaba á los hijos de los nobles, para que un día la grande Osca pusiera en vergonzosa derrota las águilas romanas: llega otro día y Roma tiembla, sus emperadores se cubren de vergüenza y de oprobio, no por la derrota de sus ejércitos, debido á la pericia de Sertorio, sí que por la fe que Lorenzo le presta con su martirio.

Quinto Sertorio, genio de la guerra, pone en aprieto a Romulo y Lorenzo nacido en la ciudad que Sertorio elige como capital de sus dominios, destroza los falsos ídolos que Roma adora y el nombre de Osca y de Lorenzo resuenan en todos los ámbitos del globo.

Dos grandes caracteres, el uno á costa de su vida, da á Roma su fe, el otro con la guerra y el esterminio pone en aprieto el capitolio: glorioso fin el uno, trágico el otro. *Valeriano, Sertorio, Perpena.*

Por esto el carácter aragonés, aquel carácter reposado en el concebir, decidido al acometer, incansable en el luchar: aquel poderoso aliento engendrador de tantas gloria y de tantas hazañas maravillosas, héroe parece hallarse adormecido.

Adormecido solo, no muerto, los pueblos que recuerdan y honran sus héroes espíritu tienen para imitarlos.

Sea el aniversario del martirio del gran Lorenzo portada de nueva era de grandeza; sea el recuerdo del gran martir de occidente, voz que al aliento creador en el fondo del espíritu dormido diga, como Cristo á Lázaro, *levántate y anda.*

Faustino Ortas, Presbítero.



La moral del porvenir!

Los sofistas modernos, menos embarazados que los delirantes antiguos se limitan á declarar que la moral cristiana cumplió ya su día, que no está en armonía con nuestras ideas y necesidades modernas, que necesita el hombre de otra regla. Y cuál será la base de la moral nueva? ¿En dónde se encontrará la primera palabra de la nueva moral, la piedra del nuevo edificio, el principio del orden entre tantos desórdenes? ¿Acaso en los consejos de los príncipes, en las asambleas deliberativas, en el cerebro de los

profundos pensadores, en las vagas é inquietas aspiraciones de la humanidad sin guía? Los que tal sueñan solo buscan una moral sin Dios, una ley sin legislador, un juez, sin sanción, que garantice el divorcio, el suicidio, la blasfemia y el despojo.

Puede haber una ley del porvenir, pero será la ley del pasado, que, reverdeciéndose, como la palmera, rejuveneciéndose como el águila, puede renovar la tierra. ¿Qué falta á nuestro Decálogo para que impere sin contestaciones? Ser más conocido, más escuchado y más seguido. No es el hombre, es la sociedad la que hay que someter al yugo del Decálogo, ley única que ha hecho á los hombres felices y á las sociedades gloriosas, secreto del orden, de la felicidad, de la vida, pasado, presente y porvenir.

La noche extiende sobre nuestro siglo espesas sombras, las nociones de la moral se alteran, la fe palidece, nos faltan hombres como el ilustre diácono San Lorenzo, que se inspiren en la moral cristiana para obrar pública y privadamente. Las leyes de la Iglesia no obligan menos por ser más antiguas ni puede prescribir contra ellas la relajación que se ha introducido en nuestro desgraciado siglo.

Nuestro ínclito patrono dió testimonio de su fe á costa de su sangre, y aunque, por la misericordia del Señor, no estamos en tiempo de sufrir injustas persecuciones por conservar la fe, siempre somos una estirpe escogida, una nación santa y un pueblo conquistado con la sangre de Jesús. Estos gloriosos títulos nos obligan á defender con valor la moral que hizo Santo á Lorenzo.

Parece que una infancia irreflexiva intima á la ley que se acomode á sus caprichos diarios, pero la ley no cambiará á pesar de la tiranía ó de la libertad, de la política ó de la ciencia, que cambian tantas cosas y se disputan el porvenir del mundo.

La libertad sin freno será menos impotente contra la moral cristiana que la tiranía sin medida.

Si el ideal cristiano no se ha realizado aun, no es por falta del Decálogo, sino porque nosotros faltamos al Decálogo.

Ramón Guesa, Presbítero.



SAN QUIRÍN

En el real sitio de el Escorial, hay un suntuoso edificio que puede contarse como una de las maravillas del universo y que en realidad es así, llamando la atención de los extranjeros y siendo un verdadero timbre de gloria para los españoles. El es panteón de los reyes que ciñeron su cabeza con la diadema de soberanos de España y de sus Indias, y en él se encierran verdaderas grandiosidades artísticas y escultóricas de los más afamados artistas españoles é italianos, que no perdonaron medios y afanes con el fin de responder á la largueza del que estaba empeñado en su construcción brillante, sólida y de mérito extraordinario. No hay visitante del real monasterio que no pregunte por el autor de aquel coloso admirable y la causa de su construcción, por lo cual su historia es tan conocida y á pesar de eso, en memoria de nuestro ínclito Patrono, Diácono fidelísimo y esforzado atleta de la fe cristiana, á quien está dedicado, repetiré esa narración siempre nueva y entusiasta, siempre patriótica y cristiana, siempre memorable é inolvidable, siempre llena de consuelos y de orgullo nacional.

Las naciones, ávidas de gloria, mantenían luchas intestinas destrozándose mutuamente. En el año 1557, mientras los españoles defendían en Italia el reino de Nápoles, florón de la corona de sus reyes, el Papa Paulo IV firmaba un pacto con Enrique II de Francia para librar de extranjeros á la Península y «quebrar el poder de los españoles» en aquel delicioso suelo. Se firma una tregua con el Pontífice, y en consecuencia el ejército español se retira á Nápoles, pero el duque de Guisa con un numeroso ejército francés, entrando por el Piamonte llega á Roma; con tal motivo se rompen las hostilidades, los franceses se apoderan de Campli, viéndose luego obligado á retirarse del reino de Nápoles ante la resistencia de Civilleta del Tronto perdiendo las plazas que habían ganado á los españoles, en tanto que en los Países Bajos sufrían los franceses los reveses de una fortuna adversa.

Felipe II, aquel rey en cuyos dominios no se ponía el sol, aquel rey que sabía mandar y hacerse obedecer, aquel rey que

levantó á España sobre todas las naciones, y cuya espada era el temor de los enemigos, aquel rey azote de la impiedad y de la herejía, amante entusiasta de la Iglesia católica, primer fiel el más sumiso de la misma, aquel rey justiciero, probo, recto, aquel rey, en fin, objeto de tan encontradas opiniones, sabedor de la ruptura, por parte de Enrique II, la detregua de Vancelles reunió un «ejército de 3.500 infantes y 1.200 caballos con un numeroso tren de artillería,» más 8 000 ingleses á las órdenes del conde de Pembroke, confiando el mando de un ejército donde había españoles, alemanes, ingleses y flamencos, á Manuel Filiberto, duque de Saboya, el mismo que en el año 1554, había sufrido un enorme desastre en Renti.

El duque de Saboya penetra en Francia por la Picardía y para despistar al enemigo, que observa todos sus menores movimientos, ataca la plaza de Rocroy sin sitiarla y burlando al francés se presenta ante la ciudad de San Quintín, puerta para llegar á París, cercándola en Julio de 1557. El almirante Coligny, gobernador de aquella provincia comprendiendo lo difícil é insostenible de su situación, se pone de acuerdo con su tío el condestable duque de Montmorency, que se presenta con un formidable ejército á la vista de San Quintín permaneciendo en las alturas al Sur de la ciudad separadas de esta por la Somma y muchos pantanos, pero sin poder entrar en la ciudad más de 700 hombres por la poca previsión y prudencia. Coligny, que se ve incapaz de defenderse, reclama auxilios que no llegan y sólo después de cañonear vigorosamente á los españoles, se atreve Dandelot á intentar la entrada con dos mil hombres que encontraron su sepultura en los cenagales de los pantanos y su muerte en el certero fuego del enemigo.

El duque de Saboya, con la perspicacia inteligente de hábil y experto general, se dispone á dar un golpe al francés que há dejado camino abierto á las armas españolas, las cuales se dividen en dos cuerpos, compuesto el uno de la caballería á las órdenes de Egmont, amenazando la izquierda del ejército enemigo, y el otro mandado por el mismo duque de Saboya, dispuesto á arrollar la derecha de los franceses. Montmorency, viendo que las acertadas disposiciones del jefe español le preparan una inminente y desastrosa derrota, manda al duque de Nevers á atajar la marcha de la caballería española, pero es tarde y Nevers se replega apresuradamente al cuerpo del ejército, en tanto que el de Condé emprende la retirada que le corta Egmont con su caballería empeñándose sangrienta lucha, en la que unos y otros más que vencer, pues ambos lo ven difícil, quieren morir, pero morir matando á un enemigo á quien odia y detesta. En lo más empeñado del combate, llega Filiberto con su artillería y rodeando la derecha del ejército francés cogen á éste entre dos fuegos. Entonces el furor de los combatientes raya en exceso, se lanzan unos contra otros cual furiosos leones deseosos de despedazarse entre sus uñas, pero las cargas de caballería no interrumpidas y dadas cada vez con mayor empuje y acierto y dirigidas por Egmont, justamente con los disparos de la artillería del de Saboya que abren brecha en aquellas murallas de carne humana, sembrando la desolación y la muerte en el campo enemigo, deciden la victoria en favor de los españoles: los franceses ceden y sólo buscan medio de huir han perdido toda la artillería, se han quedadosin bagajes, el enemigo se ha hecho dueño de más de 50 banderas, el suelo está alfombrado de cadáveres franceses que en número de 6.000 han encontrado su muerte donde pensaban hallar su gloria, otro número igual han sido hechos prisioneros contándose entre ellos al flor de la nobleza, y el condestable duque de Montmorency herido há sido hecho prisionero. La derrota no pudo ser ni más formidable ni más deshonrosa, tan grande como fué la derrota de los franceses, siendo la victoria de los españoles, ciñendo las sienes del gran Felipe II la primera de las muchas coronas de laurel que había de ganar en su brillante reinado.

En Cambrai recibió tan fausta noticia Felipe II, y postrándose en tierra, dió gracias al Señor con la promesa de «levantar un monumento indestructible de la famosa jornada» que tuvo lugar el 10 de Agosto, festividad del insigne español oscense, el Diácono San Lorenzô, de cuya influencia en favor de las armas españolas en tan memorable día no cabe dudar.

Con la toma de San Quintín, abierto tenían los españoles el camino de París, pero el rey con prudencia, que algunos han juzgado exagerada, se contentó con tomar Chatelet, Ilans, Nasyon y Chauny, hasta que después de la batalla de Granalines, el Papa y Francia pidieron la paz al Soberano de España, porque se consolidó con el casamiento de Felipe con Isabel, hija de Enrique II de Francia.

En el año 1584 vió concluido el monumento que prometiera levantar Felipe II, monumento que es admiración de propios y

extraños y que por su grandiosidad y magnificencia es justamente alabado en todas las naciones; haciendo contraste con la suntuosidad regia de aquel soberbio edificio dedicado á San Lorenzo, en cuya construcción, según Flórez, se invirtieron seis millones de ducados, una habitación humilde y sencilla, conservada con exquisito cuidado: en ella acabó sus días el gran rey que imponía su ley á todo el mundo y bajo cuyo reinado llegó España al apogeo de su gloria, como se desprende de los siguientes versos, que hay en el mismo Escorial:

En este estrecho recinto,
murió Felipe segundo,
cuando era pequeño el mundo
al hijo de Carlos quinto.
Fué tan alto su vivir,
que sola el alma vivía;
pues aun cuerpo no tenía,
cuando acabó de morir.

Es tradición constante de los oscenses y, según dicen, verídica, que el primer proyecto del ilustre monarca fué levantar el monumento indestructible, que recordara la famosa jornada del día de San Lorenzo, á dos millas de Huesca, donde tuvieron su casa solariega los padres de San Lorenzo, desde donde San Sixto se llevó á nuestro invicto Patrono, y en donde más tarde existió el pueblo de Loret, propiedad de los Templarios, y del cual hoy no quedan vestigios. Y que debió ser así, ó al menos que Felipe II quiso honrar al glorioso mártir en su misma patria, pruébalo la iglesia de Loreto, no muy distante de la ciudad, cuya fundación se debe á Felipe II, que mandó aplicar para construirla toda la hacienda de Martín de Lanuza, habiéndola cedido á los Religiosos Agustinos.

G. L. I.

Huesca Agosto de 1896.

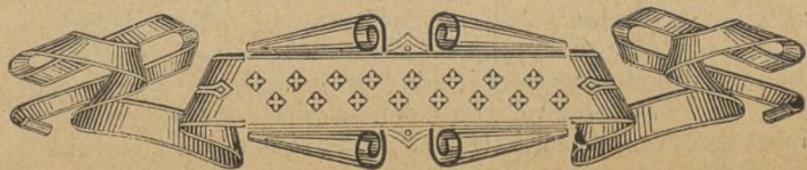
La albahaca

Todos los pueblos tienen sus costumbres típicas que caracterizan sus mismas fiestas. El abundar aquí de la olorosa albahaca precisamente en el día de nuestro Santo patrono es de lo más oscense. Es un delirio ver á las primeras horas de la mañana nuestros mozos y mozas repartiéndose con profusión esa planta aromática y perfumada que en el lenguaje profano de las flores es signo de odio... para los Oscenses significa todo lo contrario. Las carretas de verdura y bestias de carga van envueltos en esta verde enramada y de allí toman los grandes y chicos que transcurren por las calles en señal de contento. El llevar hoy albahaca es de lo más oscense. Entrelazada con las ricas y sabrosas uvas que cuelgan á los santos que ha de llevar en andas la gente labradora luce la consabida albahaca que se reparte más tarde como pan bendito entre sus devotos. La danza churrigueresca que recorre nuestras calles al son melodioso de descompasada gaita, dejaría de ser tal, si no luciera la tipida albahaca; el *magnate* de aquella, especie de *payaso*, con su largo *bastón de mando* ó *balancín* con el que hace sus piruetas, ostenta también en su remate el fenomenal ramo.

Nuestros *modernos* gigantones, que no pertenecen ni siquiera al estilo barroco, también llevan en su mano el ramito verde en son de fiesta.

En fin en este día todos lucen el verde y oloroso ramo de albahaca de manera que el que nó vá provisto de él ó no es, ó no se le considera como *Oscense*.

El Hortelano.



SONETO

S alud, noble ciudad! himno de gloria,
 T oor y prez á ti, Huesca querida,
 O igo el rumor de la que ayer dormida
 R enace al recordar preclara historia;
 E ntre laureles guarda tu memoria
 N oble generación jamás vencida;
 N ozobrará la Roma envilecida,
 O sca cristiana brindará victoria.
 M ártir Lorenzo, gloria de este suelo,
 V tleta vencedor, á ti gozoso
 R inde de admiración tributo el cielo;
 T ú sólo derribaste al león furioso.....
 I nclito joven, cábeme un consuelo,
 R ecordar este día venturoso.

J. Latre Garín, Pbro.



Al martirio de San Lorenzo

SONETO

De los haces de leña ya apiñados
 Encendidos al fuego de la ira,
 Sube la llama que en los aires gira
 Y de ella en medio en yerros caldeados
 El *diácono* descansa, que inflamados
 Tiene de amor sus ojos, y no mira
 Del juez la iniquidad, solo suspira
 —De mis miembros comed que están asados—
 ¡Oh juez inicuo de venganza ignota
 Que así acrecientas su agonía largal...
 Esa ceniza que en el viento flota
 Será á tu crimen de funesta carga,
 De rocío á Lorenzo fresca gota
 Reposo dulce de su vida amarga.

Estanislao Carcavilla.



HIJNO A SAN LORENZO

GORO

Triunfador de la Roma pagana
 ¡Oh Lorenzo! tu gloria brilló
 Confesando entre azotes y llamas,
 La gran fé, que la España te dió,
 ¡Gloria á Cristo! cantemos gozosos,
 ¡Gloria á Cristo! repita Aragón;
 Y á Lorenzo cubramos de palmas,
 Que es de Huesca el invicto patrón..

Con pobres por escolta,
 Que tu llevas al frente,
 Del fiero Presidente
 Te vas al Tribunal,
 Y al veros, como un tigre
 Rugiendo Valeriano,

Jurando está inhumano
 Venganza criminal.

De cruces y cadenas
 Tu pecho está sediento;
 Tu gloria en el tormento
 La quieres conquistar;
 Y allí con rostro célico
 Mil muertes anhelando
 A Cristo Confesando,
 La sangre derramar.

De brasas sobre el lecho
 Mirando á Valeriano,
 Le insulta; ¡Cruel tirano,
 Misero emperador!
 Si quieres tu mis carnes
 Asadas por comida,
 Triunfa, parricida,
 Que soy yo el vencedor

Yo veo de Lorenzo
 El cuerpo hecho pedazos;
 Yo veo sus dos brazos
 Deshechos en carbón;
 Y al martir, que entre el fuego
 De un lecho nunca visto,
 Eleva á Jesucristo
 Suavísima oración

Murió quemado el Santo
 Por Cristo y su bandera;
 Triunfó la fé guerrera
 Del noble aragonés;
 Y ahora aquellos hierros
 Son fúlgidos blasones,
 Que besan cien naciones,
 Rendidas á sus pies.

José María Casquibar, S. J.



A mi amigo G. U.

Con gran placer del alma
 recibo y leo
 la carta que me mandas
 por el correo.
 Y á vuelta de piropos,
 en buena prosa,
 con mucha diplomacia
 y mucha cosa,
 me pides que te mande
 para el diario
 algún trabajo bueno
 y extraordinario.
 No sabes lo que pides,
 querido amigo,
 tú pretendes, sin duda,
 reñir conmigo:
 y si esto es lo que quieres,
 dímelo pronto;
 sácame de esta duda,
 no hagas el tonto.
 Porque, aunque con los hombres
 reñir no sé,
 no pases pena de eso,

ya aprenderé.
 Pensé al ver lo que dices
 que estabas loco,
 ó que, si no lo estabas,
 faltaba poco.
 Pues sólo así se explica
 que tú pretendas
 pedirme cosas grandes,
 casi estupendas.
 En las lides científicas
 y literarias
 jamás hice yo cosas
 extraordinarias.
 Yo no soy del Olimpo,
 ni del Parnaso,
 yo no vuelo, ni aun corro,
 voy á mi paso.
 Yo pertenezco al vulgo
 que reza y cré;
 yo no voy á caballo,
 yo voy á pié.
 Mis escritos no causan
 ningún espanto,
 todo el mundo comprende
 lo que yo canto.
 Mi tienda es una tienda
 de á real y medio;
 no tengo, aunque me mate,
 otro remedio.
 Mi lenguaje es humilde,
 claro y sencillo;
 yo me crié en el monte
 como el tomillo.
 Sin embargo, no creas
 que yo me quejo,
 aunque de pocos años
 soy ya algo viejo.
 Yo condeno esa forma
 tan estudiada
 que parece que dice
 y no dice nada.
 No estoy por esos versos
 de tocador
 de almizcle perfumados
 y de alcanfor.
 No me gusta esa forma
 gomosa y fría
 que parece un portento
 y... no hay tu tía.
 Me gusta á mí el estilo
 como la fuente,
 puro como las ondas
 de su corriente.
 Me gusta á mí el estilo
 como la brisa
 que pasa acariciando
 vaga, indecisa.
 Quisiera yo que el ritmo
 de mi canción
 fuera escrito con sangre
 del corazón.
 Quisiera ser alegre
 como la palma
 y, más que á los sentidos,
 hablar al alma.
 Quisiera yo las alas
 de los querubes,
 para pulsar mi lira
 sobre las nubes.
 Quisiera... mas ¿quién sabe
 qué quiero yo hoy?:
 yo quisiera ser todo
 lo que no soy.
 Ya ves que no te envió
 para el diario
 ningún trabajo bueno
 ni extraordinario.
 Ahí van esas cuartillas,
 Dios te detenga,
 tú eres el responsable
 de lo que venga.

Que te diviertas mucho
 y hasta la vista,
 no olvides mis recuerdos
 para EL CRONISTA.

Bristán.

Zaragoza, Agosto del 96.

A HUESCA

¿Será ilusión? Me parece
 Este día más brillante
 El sol más centelleante
 Nuestro cielo más azul;
 Toda la naturaleza
 Más alegre, renovada;
 Ya al divisar la alborada
 Parecióme otra su luz

El sonar de las campanas
 De las gentes la armonía
 Todo en Huesca en este día
 Imaginé ser mejor;
 El canto del pajarillo
 El susurro de la fuente
 La bulliciosa corriente
 y el aroma de la flor.

Una idea encantadora
 Ocupa mi pensamiento
 Tanto brillo y lucimiento
 No me dejan olvidar,
 Que hoy es el día más grande
 Para la ciudad de Huesca;
 Su epopeya gigantesca
 Quisiera yo abrillantar.

¡Noble ciudad, patria mía!
 Te contemplo con encanto,
 Tu eres la cuna de un Santo
 Ante quien Roma tembló;
 El oscense bien nacido
 Lleva siempre en la memoria
 El gran cúmulo de gloria
 Qué nuestro héroe alcanzó

En donde quiera se encuentre
 Un oscense verdadero
 Aquí, en el extranjero
 O al otro lado del mar,
 Del invicto San Lorenzo,
 Con más alegre semblante,
 Este día tan brillante
 Le veréis conmemorar.

Siempre los hijos de Huesca,
 De Lorenzo descendientes
 Con cultos los más fervientes
 Honraron á su patrón;
 Sigamos de los mayores
 El cristiano y noble ejemplo
 Ofreciéndole en el templo
 Tributo de religión.

J. Latre Garin, pbro.

Huesca: Imprenta de la Viuda é hijos de Castanera.